

## ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



### LECCIÓN 277

#### **No dejes que aprisione a Tu Hijo con leyes que yo mismo inventé.**

#### **Comentario de Sarah:**

Tenemos todo tipo de reglas y leyes sobre la forma en que vivimos nuestras vidas en este mundo, todas relacionadas con el cuerpo y hechas para mantener nuestro especialismo. Son reglas o leyes sobre los requisitos nutricionales, las vitaminas de las que dependemos, lo que comeremos y lo que no, los requisitos de sueño, las reglas sobre el dinero, las posesiones, las adquisiciones, las relaciones, las amistades, la reciprocidad, el medio ambiente, nuestro entorno, la religión, la economía, la política, el sexo, los modales, la belleza, y así sucesivamente. Vivimos literalmente con miles de reglas y leyes. La Lección nos remite a una de la que hemos tratado antes, que es **“No me gobiernan otras leyes que las de Dios”**. (L.76)

Buscamos la salvación en estas leyes. Parecen mantener todo a salvo, seguro e intacto tal como lo percibimos. Pero Jesús nos recuerda que esas leyes nos aprisionan. En última instancia, todas se basan en el miedo, no tienen sentido y carecen de él. Sin embargo, en el sueño, les damos significado, buscando siempre que estas leyes nos mantengan a salvo y seguros, tanto física como psicológicamente. El hecho es que nuestra salvación no se encuentra en estas leyes. En otras palabras, pensamos que nuestra felicidad depende de estas leyes, pero no se encuentra allí. Sólo tenemos la ilusión de seguridad y felicidad mientras hacemos lo mejor que podemos para mantener estas leyes que rigen nuestras vidas. Lo que hacen las reglas y los mandamientos de nuestras vidas es mantener el ego al mando. Confiamos en una autoridad externa para que guíe nuestro comportamiento. La verdad es que la mente es ilimitada, y sólo en el reconocimiento de nuestra realidad como amor podemos encontrar seguridad, felicidad, protección y refugio.

Lo que hacen las leyes que establecemos es darnos la ilusión de control sobre nuestras vidas. La razón por la que buscamos protección, seguridad y felicidad fuera de nosotros es que creemos que lo que está fuera de nosotros es la fuente de todo lo que experimentamos. Sin embargo, Jesús nos pide que consideremos el hecho de que hemos invertido la causa y el efecto. Sólo la mente es la causa de lo que experimentamos. No estamos sujetos a nada que esté fuera de nosotros. Nos pide que nos cuestionemos profundamente la posibilidad de que lo tengamos todo al revés. Estamos más allá de todas estas leyes y sólo estamos limitados por una cosa, que es nuestra idea equivocada de lo que somos. Es esta idea la que nos ha aprisionado. **“El cuerpo se ve amenazado por la mente que se hace daño a sí misma.”** (L.76.5.2) y nada más. Considera el hecho de que todas nuestras leyes están hechas para mantener el cuerpo a salvo y para mantener nuestra identidad personal. Al mantener estas leyes, damos poder a los acontecimientos de este mundo para que nos afecten. Mientras que las leyes tienen un lugar en el mundo de la forma, en realidad, no hay más leyes que las

de Dios, donde no es posible ninguna pérdida de ningún tipo, y estamos siempre y para siempre a salvo.

Evidentemente, cuando nos identificamos con el cuerpo y creemos en la realidad de este mundo, hay leyes por las que vivimos. Estas leyes parecen gobernar nuestro mundo. Tenemos creencias sobre cómo deben ser las cosas para nuestra seguridad, protección y bienestar. Dedicamos gran parte de nuestro tiempo y energía a proteger y preservar nuestros cuerpos y nuestra psique. Atamos a los demás a nuestras leyes haciéndoles responsables de nuestra felicidad. Sentimos que nuestra felicidad está asegurada cuando los demás cumplen nuestras exigencias. Pero mientras disfrutamos del poder que tenemos sobre los demás, Jesús nos recuerda que lo único que hacemos es mantenernos aprisionados en la aparente realidad de este mundo.

¿Qué debemos hacer? Podemos empezar por observar las leyes que consideramos importantes para nuestro bienestar. Podemos observar nuestras creencias sobre la importancia de las leyes y reglas que tenemos y empezar a cuestionarlas. Esto hará que perdamos nuestro apego a ellas. Empecé a observar mis reglas en torno a la reciprocidad. Sentía que si hacía algo por alguien, se me debía algo a cambio. Podía ser su gratitud, su dinero, su amor, su admiración o sus regalos en especie. Se trataba de dar para recibir. Cuando empecé a cuestionar mi relación con el dinero y otras formas de dar, y con la idea de reciprocidad, sentí la libertad y la alegría de dar sin ataduras. Ya no estoy atada a la respuesta de alguien a lo que doy. Esto también se aplica a las personas que viven en nuestra casa. Tenemos muchos estudiantes del Curso que a menudo han ocupado nuestra casa. Al principio, me quejaba de "mis" cosas, pero con los años he ido reconociendo cada vez más que nada de eso es mío. Hemos entregado nuestra casa al Espíritu Santo para que Él la utilice. Sí, todavía surgen problemas, pero ahora puedo darles la bienvenida, sabiendo que todo es para sanar. No, no siempre es fácil, pero en la medida de lo posible, puedo elegir ser una aprendiz feliz.

Jesús nos recuerda una y otra vez que cuando damos, ya hemos recibido al dar. Sólo podemos darnos a nosotros mismos. A medida que crecía en esta conciencia, descubrí que cada vez más liberaba mis expectativas sobre lo que los demás debían hacer por mí. Continué sanando cualquier decepción que surja en torno a cualquier expectativa que tenga de alguien. Estas expectativas son la fuente de mis muchos juicios y resentimientos. He llegado a ver más y más que mi dar es mi regalo a mí misma. Veo que cuando doy, sólo puedo ganar. Cuestionar todas nuestras leyes refuerza nuestra apreciación del poder y la libertad de nuestras mentes. Sin embargo, no se trata de cambiar el comportamiento, sino sólo de ver lo que hay en la mente.

Sólo estamos limitados por nuestras creencias. El ego nos mantiene invertidos en nuestro victimismo. A medida que aceptamos todas sus leyes y reglas, sentimos temor, enojo y angustia cuando no se cumplen. Por lo tanto, cuando se infringen nuestras leyes, abrigamos resentimientos. Cuando alguien se ha metido con nuestras reglas, es una fuente de discordia para nosotros. Creemos que si alguien actuara o hablara de forma diferente, nuestra felicidad estaría garantizada. ¿Somos realmente tan vulnerables a las vicisitudes de lo que hacen o dejan de hacer los demás para influir en nuestro estado de ánimo? En el mundo del ego, la respuesta es que sí. Sin embargo, ¿qué pasaría si nos apartáramos de nuestra inversión en estas leyes y reconociéramos que no estamos atados a nada más que a nuestras creencias? ¿Y si reconociéramos que esas creencias nos han mantenido atados como esclavos a ellas? ¿Qué pasaría si cuestionáramos todas las normas que tenemos, todas las leyes por las que vivimos y todas las creencias que las sostienen? Por último, ¿qué pasaría si reconociéramos realmente que somos seres eternos que no pueden morir?

**“La muerte es el sueño central de donde emanan todas las ilusiones. ¿No es acaso una locura pensar que la vida no es otra cosa que nacer, envejecer, perder vitalidad y finalmente morir? Ya hemos planteado esta pregunta anteriormente, pero ahora debemos examinarla con mayor detenimiento. La creencia fija e inalterable del mundo es que todas las cosas nacen para morir. Se considera que así es como "opera la naturaleza", y ello no se debe poner en tela de juicio, sino que debe aceptarse como la ley "natural" de la vida. Lo cíclico, lo cambiante y lo incierto; lo inestable y lo inconstante; lo que de alguna manera crece y mengua siguiendo una trayectoria determinada, es lo que se considera la Voluntad de Dios. Y nadie se pregunta si un Creador benigno hubiese podido disponer algo así.”** (Manual para el Maestro.27. Qué es la muerte.1.1-7)

Llegamos a saber quiénes somos cuando se despejan los obstáculos al amor, y vemos al Cristo en nuestros hermanos. Esto significa que ya no queremos atar a nuestros hermanos con leyes que les hemos impuesto, al igual que a nosotros mismos. Jesús nos dice que al atar a nuestros hermanos, atamos a Dios. Tenemos tantas ideas sobre quién es Dios como quiénes son nuestros hermanos. De hecho, en la tercera Ley del Caos, no sólo le decimos a Dios Quién es, sino que **“tiene entonces que aceptar la creencia que Su Hijo tiene de sí mismo y odiarlo por ello.”** (T.23.II.6.6) (ACIM OE T.23.III.24) Con esta creencia viene la creencia en el pecado y la culpa. Mientras que Jesús nos dice que, en realidad, somos libres, nosotros imaginamos que estamos atados por nuestro pecado y nuestra culpa y que, por lo tanto, debemos vivir con miedo. Atamos a nuestros hermanos proyectando en ellos el pecado que creemos que hay en nosotros. Así intentamos liberarnos de las cosas terribles que creemos haber hecho. Mientras mantengamos a nuestros hermanos atados, nos mantendremos a nosotros mismos en la esclavitud con ellos. **“Un carcelero no puede ser libre, pues se encuentra atado al que tiene preso. Tiene que asegurarse de que no escape, y así, pasa su tiempo vigilándolo. Y los barrotes que mantienen cautivo al preso se convierten en el mundo en el que su carcelero vive allí con él. Sin embargo, de la liberación del preso depende que el camino de la libertad quede despejado para los dos.”** (L.192.8.3-6)

Jesús no deja de recordarnos que no cambiamos por lo que es cambiante. Lo que esto significa es que la verdad sobre nosotros nunca puede ser cambiada por nada en este mundo de cambios. Siempre seguiremos siendo tal como fuimos creados. Todas las leyes del mundo simplemente ocultan la verdad de lo que somos. Nos mantienen invertidos en las cosas del mundo. ¿Significa esto que debemos ignorar las leyes de este mundo? Mientras nos sigamos identificando como un cuerpo que vive en este mundo y sigamos creyendo en el tiempo lineal, habrá leyes que deberemos obedecer. No se nos pide que simplemente ignoremos todas las leyes, sino que cuestionemos nuestra creencia de que las leyes de este mundo son la fuente de nuestra felicidad, nuestra seguridad y nuestra salvación. En mi vida, algunas leyes han desaparecido y otras las sigo obedeciendo sin dejar de reconocer que no tengo que creer en ellas aunque las obedezca. Me detengo en los semáforos, me cepillo los dientes y como alimentos saludables. El Curso no trata del comportamiento, sino de lo que ocurre en la mente. Es estar en el mundo, pero no ser del mundo. No tengas miedo de cuestionar todas las reglas y leyes que tienes sobre todo y de cuestionar la naturaleza de tu realidad.

**“No procures que el Hijo de Dios se adapte a su demencia. En él reside un extraño que, mientras vagaba sin rumbo, entró en la morada de la verdad, mas tal como vino así se irá. Vino sin ningún propósito, pero no podrá permanecer ante la radiante luz que el Espíritu Santo te ofreció y que tú aceptaste. Pues bajo esa luz el extraño se queda sin hogar y a ti se te da la bienvenida. No le preguntes a ese transeúnte: "¿Qué Soy?" Él es**

**la única cosa en todo el universo que no lo sabe. Sin embargo, es a él a quien se lo preguntas, y es a su respuesta a la que deseas amoldarte. Este pensamiento torvo y ferozmente arrogante, y, sin embargo, tan ínfimo y carente de significado que su pasar a través del universo de la verdad ni siquiera se nota, se vuelve tu guía. A él te diriges para preguntarle el significado del universo. Y a lo único que es ciego en todo el universo vidente de la verdad le preguntas: "¿Cómo debo contemplar al Hijo de Dios?"**". (T.20.III.7.1-10) (ACIM OE T.20.IV.22) En otras palabras, el ego es el extraño sin hogar. Entró en nuestra casa prístina -la mente- y se apoderó de ella. Ahora el ego es el amo de nuestra casa, y nos ha atado a sus leyes, informándonos de lo que necesitamos para ser felices. Cuando obedecemos sus requerimientos, nos mantiene salvajemente atados a sus exigencias. Sólo aceptando la libertad que ofrece el Espíritu Santo nos libramos del control que el ego ejerce sobre nosotros. Pensamos que la libertad es la capacidad del cuerpo para hacer lo que quiere y conseguir lo que quiere. Sin embargo, nuestra verdadera libertad es ver que el único poder es el de Dios y su ley de amor. **"¿Deseas la libertad del cuerpo o la de la mente? Pues no puedes tener ambas. ¿Qué valoras más, el cuerpo o la mente? ¿Cuál de ellos es tu objetivo?"** (T.22.VI.1.1-4) (ACIM OE T.22.VII.51) **"Cuando se ha elegido la libertad del cuerpo, la mente se usa como un medio cuyo valor reside en su habilidad de ingeniar medios para conseguir la libertad del cuerpo."** (T.22.VI.2.1) (ACIM OE T.22.VII.52)

Como leemos en **"¿Qué es el Cristo?"** (L.PII.P6), se nos pide que aceptemos que no somos deambulantes, perdidos en la ilusión. Estamos en casa, en el Cielo, de donde nunca salimos. Las cosas horribles que creemos haber dicho o hecho no tienen ninguna realidad. La respuesta a la separación y la desesperación que sentimos no está fuera de nosotros. Está en nuestra mente. Cristo no es una parte pequeña u oscura de nosotros. Es nuestra realidad, y algo en nosotros lo sabe. Ya nos hemos decidido por Dios. El ego ha ocupado una parte minúscula de la mente que hemos hecho importante al darle toda nuestra atención. Ahora, al retirar nuestra inversión en él y dejar de darle importancia, su control sobre nuestras vidas disminuye considerablemente. La iluminación ya se ha logrado. El personaje individual del sueño nunca se iluminará.

¿Qué hacemos cuando descubrimos pensamientos oscuros en la mente: ira, celos, preocupación o autocompasión? Podemos ocultar estos pensamientos, justificarlos, negarlos o proyectarlos en los demás. Con dedicación y voluntad, los traemos a la luz donde se disipan. No necesitamos entender cómo se produce la curación. Nuestra parte es simplemente traer nuestros pensamientos oscuros a la conciencia y colocarlos en el altar interior para su curación. Si continuamos aferrándonos a ellos, no pueden ser liberados. Si continuamos preocupándonos por cuándo se disiparán, no estamos confiando en el poder del Espíritu Santo para disolver la oscuridad en Su luz. Se necesita una gran voluntad para tener el valor y la confianza de pasar por este proceso. Es posible que necesitemos confiar en otros para que nos guarden el espacio mientras sacamos a relucir nuestros miedos. Sólo aquellos que no reflejan una falsa empatía al unirse a nuestra historia de dolor, de ser heridos por algo fuera de nosotros, pueden ser verdaderamente útiles. Ser verdaderamente útil es no creer la historia de nadie, sino ver que la infelicidad sólo puede provenir de la elección de escuchar al falso yo.

**"El Espíritu Santo se extiende desde el Cristo en ti hasta todos tus sueños, y los invita a venir hasta Él para que puedan ser transformados en la verdad."** (L.PII.P6.4.1) No dejes que la vergüenza, la terquedad y la humillación retengan tus pensamientos. Jesús nos dice: **"Cristo ama lo que ve en ti."** (T.13.V.9.6) (ACIM OE T.12.V.42) En cada pensamiento de ataque que tengas, Él sólo ve tu llamada al amor. Nada está más allá de la redención. Nada está fuera del alcance de la

Expiación. Él lo transformará todo; pero si se lo ocultamos, no podrá ayudarnos. No se escandaliza por nada de lo que le traemos. Él ve más allá de la ilusión.

En todos nuestros miedos, sueños y expectativas, Él escucha nuestra llamada de auxilio y nuestro anhelo de plenitud. Trae todos tus pecados secretos y temores ocultos a Él para que los sane. **“Él los intercambiará por el sueño final que Dios dispuso fuese el fin de todos los sueños.”** (L.PII.P6.4.2) (Este es el sueño feliz o el mundo real o la percepción verdadera.) Esto llega cuando toda la culpa ha sido entregada y cuando traemos todos los obstáculos que ocultan nuestro verdadero Ser al Espíritu Santo.

Buscamos lo que ya somos en verdad: el Cristo. Todo lo que tenemos que hacer es permitir que los obstáculos para el despertar sean eliminados por el Espíritu Santo. **“Tu papel consiste simplemente en permitir que todos los obstáculos que has interpuesto entre el Hijo y Dios el Padre sean eliminados silenciosamente para siempre.”** (L.189.8.3)

¿Qué es el Cristo? Tú lo eres. Yo lo soy. Nuestro único propósito aquí es sanar para poder recordar lo que somos. Nunca odiamos a nuestro hermano por lo que nos hace, sino que nos odiamos a nosotros mismos por lo que le hacemos. Y lo que le hacemos es que volcamos nuestro auto-odio y auto-ataque en él y cuando lo hacemos lo vemos como un reflejo de lo que estamos abrigando en la mente. Ahora estamos llamados a retirar nuestras proyecciones, y permitir que sean sanadas para poder liberarnos de la prisión que hemos hecho.

Amor y bendiciones, Sarah  
[huemmert@shaw.ca](mailto:huemmert@shaw.ca)